

Silvina Bullrich

El divorcio

Las primeras noches me despertaba sobresaltado, corría hasta la puerta de mi cuarto, pegaba la oreja a la madera y trataba de oír. Si no lo lograba abría la puerta tratando de no hacer ruido y me deslizaba descalzo sobre la alfombra deshilachada del corredor. Después, ya ni siquiera me despertaba o si eso ocurría ponía la cabeza bajo la almohada para no oír y volver a dormirme. Total ya sabía lo que se decían. Siempre lo mismo, no sé por qué lo repetían tanto, ya debían saberlo de memoria, lo mismo que yo: Sos un canalla... Y vos una egoísta, una frívola, no te importa más que de vos misma. ¡Quién habla! un hombre incapaz de cumplir con sus deberes más elementales... ¡Deberes! Vos te atrevés a hablar de deberes...

A veces mi nombre aparecía en medio de los reproches: Ni siquiera por Pancho fuiste capaz de disimular... Dejá a Pancho en paz, no tiene nada que ver con esto. Es tu hijo. Eso está por verse. Canalla... ya que crees eso andate y dejanos en paz. Si me voy me llevo al chico. Antes te mato, Pancho se queda conmigo... Una ola de orgullo me recorría; pese al desinterés que parecían sentir mis padres por mí a lo largo del día, mi importancia se acrecentaba en forma descomunal al llegar la noche y las discusiones. Otras veces, en lugar de referirse a mí mencionaban el departamento, el auto, los dos grabados de Picasso, las copas de baccarat.

Después de esas tormentas que duraron unos meses se estableció el silencio. En el ínterin habían separado los cuartos. Papá y mamá apenas se hablaban. Por eso la primera discusión violenta me sorprendió de nuevo: Llevate las copas, las alfombras, lo que quieras, gritaba mamá, pero andate y dejame en paz. No oí la respuesta de papá. Volví a la cama y pensé que aunque se fueran los dos, yo apenas me daría cuenta. Los veía cada vez menos y yo para ellos era casi transparente. Cuando me empeñaba en hacer notar mi presencia sólo conseguía un: dejame en paz, estoy ocupado; o un: andate, ¿no ves que me duele la cabeza? Los muebles envejecían sin que nadie los retapizara, yo comía solo con platos cascados y vasos desparejos. Mi taza de desayuno era celeste y el platillo color ocre con hojas de parra verdes. A mí no me importaba pero Miss Ann me lo hizo notar varias veces y lo comentaba con la mucama, que a su vez le pedía tazas nuevas a mamá. No vale la pena, total para el chico... decía mamá, y yo tambaleaba entre la seguridad de la importancia que me concedían en las grescas nocturnas y la falta de miramientos que me rodeaba durante el día. Lo importante es que no le falte nada, decía mamá, y la heladera estaba siempre llena de grandes trozos de lomo, de fruta, de dulce de

leche y de huevos frescos. Mi ropa era buena y Miss Ann forraba cuidadosamente mis libros de clase con papel azul.

No sé exactamente el día en que papá se fue de casa. Era en verano. Yo estaba en la estancia con los abuelos y a la vuelta, cuando pregunté por papá, mamá me dijo: ya no vive en casa. Después comentó con mis tíos Quique y Elena: Este chico me preocupa, hace ocho días que ha vuelto y recién hoy pregunta por su padre, ni se dio cuenta de su ausencia o es medio retardado o es monstruosamente descariñado; creo que no quiere a nadie. Yo me quedé pensando si en verdad no quería a nadie. Hice un largo examen de conciencia y no llegué a ninguna conclusión. Sin embargo, poco a poco empecé a sentir la falta de papá. ¿Qué era mejor, ese silencio obstinado, esa ausencia constante de mi madre, o las escenas de antes del verano?

Porque mamá ya no estaba nunca en casa. Lo malo es que también se fue Miss Ann. Yo ya tenía diez años, iba medio pupilo al colegio y hubiera sido absurdo guardar en casa a una institutriz inglesa.. Mamá me explicó eso en forma serena y racional, le di la razón. Mamá tenía razón en todo, pero nada de lo que ella decía me convencía. Quizá haya dos razones, quizá lo importante no sea tener razón sino ser convincente. De todos modos yo no discutía nunca. Mis días empezaron a deslizarse como entre nubes, como en el cine cuando se corta el sonido. Yo era un fantasma insignificante que no llamaba la atención de nadie con mi traje gris o mi guardapolvo gris.

No estás nunca en tu casa, dijo mi abuelo una tarde que vino de visita. Mamá se echó a llorar, dijo que su vida era demasiado triste para que se la amargaran más, que estaba sola a los treinta años, sola como un perro, agregó. No tanto, dijo abuelo, nos tienes a nosotros y a Pancho. Mamá replicó que ellos vivían casi todo el año en el campo y no eran ninguna compañía, y si no se iban a Europa. Eso es verdad, dijo abuelo. Y Pancho, continuó mamá, tiene su vida, va al colegio, al campo de deportes, los domingos sale con otros chicos, no voy a sacrificarlo para que me acompañe. Abuelo meneó la cabeza. Yo tenía ganas de gritarle que me pasaba las horas enteras solo, que me moría de miedo de noche y ella no volvía hasta la madrugada, que los domingos hubiera preferido salir con ella que con Marcos o con Roberto que decían porquerías y no iban nunca al cine al que nos mandaban, porque las vistas de aventuras "son para chicos", y se colaban en los cines donde daban. vistas prohibidas para menores, y después me hacían correr para llegar a tiempo a la salida del "Capitán Blood" o del "Hijo del Zorro". Pero no decía nada de miedo a que mamá me diera un bife.

Rosa me despertaba temprano y luego volvía a la cocina a prepararme el desayuno. Yo tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no volver a dormirme; me lavaba apenas porque el agua no estaba del todo caliente a esa hora; tomaba unos sorbos de chocolate hirviendo y salía corriendo de la casa silenciosa.

Mi único placer era arrastrarme un rato alrededor de mamá, de noche, cuando se vestía para salir. Pero era un rato muy corto, porque en seguida alguien avisaba por teléfono que bajara, que habían salido a buscarla, o una bocina impaciente se atrevía a desafiar las leyes municipales.

Los domingos, los días de fiesta, me sentía aun más desdichado. Mamá parecía ir siempre a lugares mágicos, se vestía como una actriz de cine con pantalones de colores vivos y blusas floreadas, ponía una o dos mallas en un bolsón de rafia; por si acaso, llevaba una tricota. Antes de salir se cercioraba sobre mi programa: ¿Tenía dinero? ¿A qué hora vendría Roberto? Rosa nos haría un almuerzo espléndido. Otras veces me recordaba que papá vendría a buscarme, le encargaba a Rosa que vigilara mi peinado, mis manos y mis uñas, que me obligara a ponerme el traje azul y los zapatos nuevos, si no papá para mortificarla diría que yo siempre andaba hecho un zaparrastroso. Papá venía a buscarme con una sonrisa estereotipada en los labios. ¿Adónde querés almorzar? No sé, contestaba yo siempre, y eso enfurecía a papá, que quería darme todos los gustos. Este chico es idiota, pensaba, y yo sentía su pensamiento. Para no equivocarse me llevaba a un lugar lujoso; se alegraba cuando yo pedía el plato más caro del menú; eso tranquilizaba su conciencia. Después íbamos al fútbol o al cine, según el tiempo. Una vez me llevó al polo, un domingo de lluvia al Colón, para que empezara a oír cosas lindas y no me criara como un salvaje, porque lo que es tu madre... Y no terminaba la frase. A veces invitaba a Marcos o a Roberto o a algún otro chico del colegio y nos dejaba solos. Durante un largo rato y se iba a conversar con gente amiga de él. Un día me preguntó: ¿Cuántos años tenés... doce? No, cumplí once hace tres meses y medio. Ah, entonces sos muy chico. ¿Para qué? Para mujeres. No contesté. ¿Te gustan las mujeres? arriesgó. No sé, le dije. Y él me pegó un bife. Perdoname, no sé lo que me pasó, me dijo, es cierto que sos todavía demasiado chico. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. El año que viene te pongo pantalones largos y te llevo al Maipo... para empezar, me dijo. Yo sonreí.

Cuando me dijeron que papá se había casado no me importó mucho. En realidad mi vida no cambió, la única ventaja que percibí al principio fue terminar con esas destempladas tardes de domingos. Papá y Angélica se fueron a Europa. A menudo, a la vuelta del colegio, me encontraba con tarjetas postales a mi nombre y hasta cartas en sobre cerrado, cosa que realzó mi importancia ante mis ojos y creó

en mi vida un nuevo interés: mirar la correspondencia. Hasta entonces daba por sentado que nada era para mí, pero en lo sucesivo sabía que era probable ver mi nombre claramente escrito bajo la palabra "señor" en un sobre liviano con el borde rojo y azul.

Al principio pensé que ese casamiento podía mortificar a mamá y con el tacto pudoroso y piadoso de los niños evité el tema. Sin embargo la vida empezaba a demostrarme que casi todos los conceptos aprendidos eran erróneos. Mamá nunca había estado más alegre. Sus amigas la llamaban para felicitarla y todas le decían: estarás contenta, ahora se casó José Luis, tenés todos los derechos, él se casó primero. Ya no puede sacarte el chico.

Pese a mis largas soledades, mi importancia crecía. Yo era indiscutiblemente un objeto valioso y a veces oía mi nombre unido a las palabras "raptó", Brasil Perú, y el nombre de otros chicos zarandeados por sus padres por diversos países del continente. Pero la verdad es que mi destino se anunciaba más sedentario. Nadie me raptaba. Papá recorría el mundo sin mí, aunque en sus tarjetas anunciaba futuras aventuras marítimas perdidas en un lejano horizonte: Hawai es un paraíso, la próxima vez ya hemos pensado con Angélica en traerte con nosotros. Hong Kong: En cuanto seas bachiller te regalaré un viaje. por estos parajes soñados (Papá nunca fue muy original para escribir, no hay motivo para culparlo, no pretende ser escritor). París: Esta ciudad es el regalo que te tengo preparado para tus veinte años. Nueva York: En cuanto te recibas de ingeniero te prometo mandarte a perfeccionarte a este país maravilloso, donde la técnica está mil años adelantada respecto a nosotros.

Una noche mamá se quedó a comer conmigo, cosa inusitada. A los postres, después de transparentes circunloquios, me anunció su proyecto de volver a casarse: "Creo que es para tu bien, Pancho. Necesitas un padre." "Con uno me basta" le dije sin maldad. "Necesitas un hogar." "Eso es verdad" dije. Pero ya sentía que mi opinión no influiría en lo más mínimo en mi madre, siempre segura de sus decisiones.

Después las cosas se nublan un poco en mi recuerdo. Sé que papá llegó, me invitaron a su casa. Había un almuerzo delicioso, vaciaron valijas semiabiertas y me entregaron tricotas inglesas, corbatas italianas, pelotas de tenis inglesas, un cortaplumas suizo, camperas americanas y banderines de todos los países. Era la mejor Navidad de mi vida aunque estábamos en setiembre. El ambiente era distendido y cordial. Fue uno de mis días felices. Angélica ponía discos recién

traídos, cantos del Tirol, las últimas sambas del Carnaval de Río compradas en el aeropuerto.

Nuestra casa me pareció más triste y silenciosa que nunca. Me rodeaba un aire gris y pesado, me parecía que para desplazarme de un cuarto a otro iba a tener que usar machete, a tal punto la atmósfera era sólida y hostil.

No sé cuántos días después me fui a la estancia y a la vuelta viví una o dos semanas en casa de abuelo. Mamá y Hernán se habían casado. Llegaron tarjetas impregnadas del más apasionado amor maternal.

Cuando volví a casa vi mi cuarto recién pintado. Hernán dijo que mis muebles ya no eran para un muchacho grande, fuimos a elegir otra cama, un escritorio, telas para cortinados, una alfombra. Vino un carpintero a instalar una biblioteca de petiribí. Para facilitar esos arreglos volví a la estancia de los abuelos porque empezaban las vacaciones. No sé cuántas semanas pasé allí. En cambio recuerdo con claridad mi regreso a la casa, mi deslumbramiento ante los cambios de decoración y ante mi cuarto de muchacho grande.

Y el mundo empezó a cambiar como supe después que sólo cambia cuando uno está enamorado. Las cosas brillaban, los colores se imponían, los ruidos eran confortables y prometedores; batían claras de huevo en la cocina, clavaban la alfombra del living, ponían varios platos en la mesa, ya la casa no crujía en forma insólita e indescifrable como sólo cruje cuando entran fantasmas o ladrones.

Hernán tenía una chica de mi edad que vivía con su madre y venía los días de fiestas a almorzar a casa. Yo me enamoré un poco de ella, ella se sentía halagada. Mi vida se convirtió en una sucesión de esperas dichosas: que Marcela viniera a almorzar; que Hernán me dejara fumar a escondidas de mamá; que papá y Angélica me invitaran a comer de noche, a veces con algún Ministro que ya descontaba mi brillante futuro; que mamá mirara apenas mi libreta de calificaciones; que nos sentáramos a la mesa como una familia ordenada y feliz. El mundo había adquirido una armonía perfecta y cuando mamá me dijo: "Vas a tener un hermano" los ojos se me llenaron de lágrimas de emoción. De pronto comprendí que también eso me había faltado, un hermano, alguien a quien querer, a quien proteger, a quien hacer sufrir un poco a mi vez, alguien para quien entrar o comprar un conejito de jabón al pasar por la farmacia de la esquina. "Vas a ser su padrino", dijo Hernán, y yo, que ya tenía trece años, me eché en sus brazos como un chiquilín cualquiera.

Después leí en un diario que un señor en las Barrancas de Belgrano dijo que había que oponerse al divorcio para proteger a la familia. Yo comprendí que ese señor no había sido nunca un chico solo.

Yo ahora tenía dos hogares que se disputaban mi presencia, una mesa con varios asientos, una madre siempre en casa que tejía escarpines bajo la lámpara y no trataba de arañar comisiones porque mi padre siempre se quedaba un poco corto en su pensión alimenticia. También aprendí eso: que por generoso que sea un hombre le duele desprenderse de billetes que escapan a su control. Para Hernán era un orgullo decirle a mamá: "Me vas a arruinar" cuando ella reclamaba un vestido nuevo, y agregaba en seguida: "pero quiero que seas la mujer mejor vestida de Buenos Aires. Y este bandido (me señalaba) tiene que ser un play boy". "Basta, vas a echar a perder al chico", gemía mamá en broma.

"Éste va a volver locas a las mujeres" decía Angélica. "Vas a echarme a perder al chico", protestaba papá. "Estoy seguro que hasta le das plata a escondidas." Y era verdad. Digan lo que digan, no hay nada más lindo que ser un chico feliz. Todo lo demás es puro bla-bla-bla.